

fue negada a muchos otros. Roger Chartier, en una excelente introducción favorable hacia su libro, cita aprobatoriamente la justificación que el mismo Ariès expuso sobre su enfoque de la investigación histórica. Hablando en Saint-Antonin en 1981, hacia finales de su vida, Ariès observó que “si yo escribo historia, no es porque inicialmente esté interesado en la historia de la muerte, del niño o la familia; es para tratar de entenderme a mí mismo en el mundo actual. En otras palabras, mi trabajo es un intento de ofrecer una explicación de la modernidad”.

A primera vista, *Essais de mémoire* podría parecer una colección bastante curiosa —diecinueve ensayos escritos por Ariès durante un periodo de cuarenta años, entre los cuales aparecen temas como los cambios en la vida familiar, actitudes hacia la muerte, y el lugar del servicio doméstico a lo largo de las épocas, ensayos que reflejan los asuntos principales de sus escritos sobre historia. Hay un texto sobre el deseo nostálgico de muchos franceses por un rey, por la aparente seguridad que simboliza la monarquía. Y la colección está dominada por un extenso fragmento titulado “Racines”, el cual tiene que ver con el carácter de las provincias francesas, sus continuidades a lo largo del tiempo. Esta

sección no es nueva, si bien su reproducción es bienvenida, ya que desde hacía mucho tiempo era imposible de conseguir y porque muestra el amor y comprensión de Ariès por las diferentes culturas y mentalidades que componen las distintas provincias de Francia. Ciertamente, primero apareció en 1943, bajo el título *Traditions sociales dans les pays de France*, como el primero en una serie de Cahiers de la Restauration Nationale. Hoy parece más notablemente fresco y libre del canturreo pétainista de lo que fácilmente uno hubiera esperado. El joven Ariès, si bien contratado por Vichy para dirigir un instituto de investigación en gran medida ficticio, ya demostraba algo de la independencia de espíritu que lo llevó a admirar a Marc Bloch y a los historiadores de los *Annales*. Estaba ya dando la espalda a sus días de militante político y distanciándose de la Acción Francesa; temas como la izquierda o la derecha, como subsecuentemente habría de mostrar, podían volverse fácilmente confusos y falaces. Los archiconservadores de los años treinta harían más tarde causa común con los inmigrantes argelinos y con los estudiantes sediciosos de 1968. En términos intelectuales, estaba cerca de Michel Foucault y los *annalistes*, así como de varios discípulos de Maurras y

Barrès, cuando se describió a sí mismo como un “verdadero reaccionario”. Ariès conocía el impacto de sus palabras y las escribió con una provocativa y autocomplaciente sonrisa.

Hay en estos ensayos mucho de interés para el estudioso de las costumbres francesas. El tema de la anticoncepción es abordado en tres lugares diferentes y discute asuntos del momento como la planeación urbana, la depresión en las ciudades, y hasta los efectos del comercio del tipo “hágalo usted mismo” en las estructuras sociales tradicionales. Las propias experiencias del autor, las cosas que lo marcaron en su vida personal —parecido físico con familias y el papel de lo no dicho, lo inconsciente, el secreto— nunca están lejos de su interés. Éstos, ciertamente, no son los temas históricos tradicionales, pero muestran al historiador cada vez más atraído por el enfoque y mentalidad de la escuela de los *Annales*. La propia historia de Philippe Ariès, las *regards en arrière* que él nos presenta en estas páginas proveen un apropiado microcosmos de la sociedad más amplia que intenta retratar.

Tomado de *The Times Literary Supplement*, 8 de octubre de 1993, pp. 32-33. Traducción de Guillermo Turner.

El Islam y sus lenguajes

John Gross

Bernard Lewis, *The Political Language of Islam*, The University of Chicago Press, 1988, 168 p.

Si alguien sacara un libro con el nombre de *El lenguaje político de la cristiandad*, la mayoría asumiríamos que es un estudio histórico o un tratado teológico. No esperaríamos

que fuera algo más que un recuento general de los conceptos políticos actuales, por ejemplo, como no esperaríamos hallar en las Naciones Unidas un grupo de países llamado

el bloque cristiano. Pero un bloque islámico es otra cosa. Tal grupo ha existido durante años, y *The Political Language of Islam* es un libro que plantea asuntos de importancia central para nuestra comprensión del mundo moderno.

En el Islam clásico no había distinción entre la Iglesia y el estado; sólo en el siglo XIX, nos dice Bernard Lewis, empezó a echar raíces la idea de un ámbito exclusivamente secular, bajo la influencia de Occidente. En la mayor parte de los países musulmanes, añade, “el Islam sigue siendo el criterio definitivo de la identidad y la lealtad de grupo”, y para muchos —si no es que para la mayoría— los musulmanes se mantienen como la fuente de autoridad más aceptable.

Siempre ha sido fuerte la sujeción ejercida por el pasado, y en tiempos recientes se ha vuelto aún más fuerte. El objetivo principal del régimen actual en Irán es barrer con todo secularismo interno, y la revolución iraní ha tenido un impacto poderoso en todo el mundo islámico.

Al explicar las diferencias entre los términos políticos islámicos y los nuestros, Lewis no se va con las semejanzas. Algunas de estas similitudes, como él dice, se deben al hecho de que todos habitamos el mismo mundo; otras son el resultado de influencias y préstamos específicos. Más aún, las diferencias son enormes, y Lewis, quien es uno de los historiadores contemporáneos del Islam más destacado, realizó una tarea muy valiosa al analizarlas con su incisivo estilo de costumbre.

Comienza por considerar cierto número de metáforas e imágenes clave. Algunas sólo reflejan costumbres diferentes o condiciones físicas —en un clima caliente tiene más sentido glorificar al gobernante como la sombra que da cobijo que como rey sol— pero otras tienen im-

plicaciones sociales de mayor alcance. Que las relaciones de poder musulmanas se expresen comúnmente en términos de cerca y lejos más que de arriba y abajo sugieren un ideal de movilidad social y un rechazo, cuando menos en principio, a la jerarquía y el privilegio heredados.

En los siguientes capítulos se discuten las actitudes ante el ejercicio de la autoridad política, y de las relaciones entre gobernante y gobernados. Se reseñan los distintos títulos que se les han dado a los gobernantes islámicos, desde califa hasta el moderno *rais* ubicuo, o presidente; lo mismo sucede con los grados de desigualdad social que a lo largo de los siglos ha sancionado la ley musulmana.

En todo esto no hay aridez alguna. Lewis tiene una gran sensibilidad para las palabras como tales, y para los extraños caminos que siguen a veces; también se da espacio para hacer algunas citas interesantes.

Aquí están los términos en los que los sultanes otomanos se dirigieron a Isabel I de Inglaterra, por ejemplo, cuando por primera vez entraron en correspondencia con ella en el siglo XVI: “Gloria de las virtuosas damas de la comunidad cristiana, dignataria de las reverenciadas matronas de la Secta de Jesús, moderadora de los pueblos de la Fe Nazarena, quien controla las riendas de la majestad y la reverencia, Señora de los halos de grandeza y gloria, Reina del vilayato de Inglaterra, que su paso sea feliz.”

Al mismo tiempo que gozó este pasaje, Lewis también señala algo importante. Lo que muestra este modo de hablar, como dice él, es que ante los ojos musulmanes Isabel era en primer, segundo y tercer lugar una princesa cristiana. Sólo después de eso era la reina de Inglaterra —y aun entonces su ámbito quedaba descrito de un modo

menor: como vilayato, una mera provincia—.

Tradicionalmente la división social primaria para el Islam era religiosa más que étnica o territorial. En el transcurso del siglo XIX, *watan*, que originalmente significa “lugar de nacimiento o residencia”, pasó a adquirir los tonos patrióticos de “país”; pero Lewis señala que cuando hizo falta una palabra nueva para “nación”, en el espíritu del nacionalismo moderno, “los árabes, los persas y los turcos por igual prefirieron tomar antiguos términos, con un significado religioso, y retocarlos para cubrir la nueva necesidad”.

Los últimos capítulos de Lewis están dedicados a las enseñanzas musulmanas en relación con la guerra y la revolución. Lewis enfatiza que, contra lo que en todas partes se cree, “el árabe de uso clásico no cuenta con un término que corresponda a la guerra santa”. Pero también aclara que si el término no existe sí en cambio está la idea: *jihad*—anhelo de convertir o subyugar a los infieles— es “uno de los mandamientos básicos de la fe”.

Los enemigos contra los cuales es legítimo declararse en guerra también incluyen al bandido, al rebelde y al apóstata. De éstos, el apóstata es visto como el mayor de los enemigos —y cuando a un gobernante se le hacen cargos de apostasía, ellos son la justificación para derrocarlo. En el caso del presidente Anwar el-Sadat de Egipto, alcanzaron la pena de muerte.

La tradición activista en el Islam tiene raíces antiguas. Su manifestación más notable en nuestro tiempo es la revolución iraní. Pero “una revisión o una reconstrucción del pasado nunca es lo mismo que el pasado como fue”, observa Lewis, y “entre los círculos fundamentalistas en Irán, Egipto, y en cualquier parte, está emergiendo un lengua-

je político islámico nuevo, que tiene una deuda no reconocida con los occidentalistas y secularizadores del siglo pasado y sus fuentes extranjeras, así como con el Islam profético y clásico”.

“Mucho dependerá, concluye Lewis, de su habilidad para armoni-

zar estas diferentes tradiciones”, que es el punto en el cual, de manera frustrante, Lewis acaba. Resulta claro que hay muchas más cosas por decir, y sólo queda la esperanza de que Lewis las dirá pronto. Pero mientras tanto, este autor escribió un libro que vale la pena y que ofre-

ce una perspectiva que urge desesperadamente.

Del mismo Bernard Lewis existe en castellano *La historia recordada, rescatada, inventada*, valioso y breve estudio que publicó el Fondo de Cultura Económica. Tomado de *The New York Times*. Traducción de Antonio Saborit.

Cautiva del acervo

Ma. Eugenia Sánchez Calleja

Arlette Farge, *La atracción del archivo*, Valencia, Ediciones Alfons El Magnanim, Institució Valenciana d'Estudis Investigació, 1991.

Un ensayo dirigido a los historiadores. Arlette Farge inicia su itinerario en un archivo judicial francés del siglo XVIII para hacer una reflexión del proceso todo de la investigación: desde el encuentro del investigador con su fuente, hasta el relato del camino intelectual que el historiador recorre y el tratamiento particular que da a los documentos y la escritura de una historia.

La autora sigue una ruta con la que sus lectores, historiadores, se sienten identificados. Por un lado, describe un archivo judicial: su origen, aspecto material, espacio que ocupa en una biblioteca o archivo, contenido de la información, individuos de quienes se habla. Por otro lado, descubre al historiador en su oficio, es decir, en cada paso de los que implica el proceso de una investigación.

Arlette Farge muestra los elementos de atracción y riesgo de la fuente judicial para advertir al investigador sobre posibles tropiezos

en su consulta. Algo que ilustra con un hallazgo suyo en el archivo: un recado escrito por un preso en un pedazo de tela, parte de sus harapos, que envió a su esposa con la lavandera.

La sola fuente judicial permite a Arlette Farge mostrar al estado como aparato institucional que despliega sus mecanismos de poder para vigilar y castigar. Entendido así, los interrogatorios a los detenidos se descubren no sólo heterogéneos sino que en muchos de los casos determinan las respuestas; el objetivo de la policía es encontrarlos culpables. Pero hay además la intencionalidad implícita en los documentos: que puedan ser leídos por los demás; por lo tanto informan lo que a la institución penitenciaria le interesa. En cuanto a las declaraciones de los inculcados y testigos, existe un común denominador: mientras éstos son obligados a declarar, aquéllos buscan no parecer culpables; en ambos se transpira el temor y la desesperanza.

Los actuales estudios históricos con temas carcelarios y punitivos que tienen como protagonistas a los delincuentes nos ofrecen aspectos poco conocidos de la cotidianidad de las clases populares. Venta-

ja de las fuentes judiciales. Así se tienen encuentros con individuos anónimos, en cuyos comportamientos singulares se detectan sus estrategias de adecuación o rechazo frente a la colectividad, así como su respuesta ante el poder judicial y sus concepciones de lo permitido y lo prohibido. También se revela la serie de acciones que el estado toma contra los individuos transgresores y los momentos de choque entre aquéllos y el poder judicial. La riqueza propia de la fuente procura nuevas aportaciones a los estudios históricos.

El archivo muestra en esos comportamientos individuales fragmentos de la cultura popular, con sus solidaridades y sus formas de comunicación que dejan entrever el complejo entretejido social. Las palabras mismas son portadoras de formas culturales de explicación de la realidad. Se detectan los modos de intercomunicación y reconocimiento populares; resaltan los apodos, el olvido de las fechas de nacimiento o el recuerdo de la festividad de algún santo relacionado con sus vivencias personales, en fin.

Es central la influencia de Foucault. El método foucaultiano le permite trabajar el documento des-